

y todo pasaba delante de él.... Después, yo no he tenido nunca tiempo de vigilarlo muy de cerca, á causa de mis negocios en París. Siempre anda corriendo por las fortificaciones. Dos veces he tenido que ir á reclamarlo porque había robado. ¡Oh, nada más que tonterías! Y además, desde que ha podido, anda con las niñas; tanto le enseñó su madre. Con todas estas cosas, lo vais á ver, á los doce años es ya un hombre.... En fin, para que trabaje un poco, se lo he entregado á la tía Eulalia, una verdulera de Montmartre. La acompaña á los mercados y le lleva uno de sus cestos. Lo malo es que en este momento ella está con tumores en un muslo.... Pero ya hemos llegado, señora, haced el favor de entrar.

Carolina hizo un movimiento de retroceso. Estaban en el fondo del patio, detrás de una verdadera barricada de inmundicias, en uno de los agujeros peor olientes, una casucha casi hundida en el suelo, parecida á un montón de escombros sostenidos por pedazos de tablas. Allí no se veía ventana. Había necesidad de que la puerta, una antigua puerta vidriera, reforzada con una plancha de zinc, quedase abierta para ver claro; y el frío entraba de un modo terrible. En una rinconada veíase un jergón, tendido sencillamente sobre la tierra removida. Ningún otro mueble podía ser reconocido, entre el amontonamiento de barriles deshechos, de verjas arrancadas, de cestas medio podridas, que debían servir de

asientos y de mesas. Los muros chorreaban una humedad pegajosa. Un agujero en el negro techo, dejaba caer la lluvia hasta el pié del jergón. Y el olor, el olor, sobre todo, era horrible; la abyección humana en su más absoluta desnudez.

—Tía Eulalia—gritó la Mechain—es una señora que quiere bien á Víctor.... ¿Qué tiene ese tunante para no acudir cuando se le llama?

Moviése sobre el jergón un paquete de carne humana entre un pedazo de percal viejo que le servía de sábana; y Carolina distinguió á una mujer de unos cuarenta años, desnuda por completo, sin camisa, parecida á un pellejo medio vacío, tan floja y tan llena de pliegues estaba. La cabeza no era fea, fresca todavía, rodeada de cabellos rubios rizados.

—¡Ah—gimió—que entre, si es para nuestro bien, porque ya no es posible que esto continúe!.... ¡Cuando pienso, señora, que hace ya quince días que no he podido levantarme á causa de estas porquerías de granos que me agujerean el muslo!.... Y, naturalmente, no hay ni un céntimo. Imposible continuar el comercio. Tenía dos camisas que Víctor ha ido á vender; y creo que esta noche vamos á morir de hambre.

Después, alzando la voz:

—Pero, ¡qué tontería! ¡Sal de ahí, muchacho!... La señora no te va á hacer daño.

Y Carolina se estremeció, viendo levantarse de un cesto un bulto que había tomado por un

montón de andrajos. Era Víctor, vestido con los restos de un pantalón y de una blusa de lienzo, por cuyos agujeros pasaba su desnudez. Encontrábase de lleno en la claridad de la puerta, y ella lo miraba con la boca abierta, asombrada de su extraordinario parecido con Saccard. Todas sus dudas desaparecieron, la paternidad era innegable.

—No quiero—exclamó el muchacho.—que me mareen para ir á la escuela.

Carolina seguía mirándolo invadida por un creciente malestar. Con aquel parecido que la asombraba, era inquietante el pilluelo, con toda una mitad de la cara más gruesa que la otra, la nariz torcida á la derecha, la cabeza como aplastada contra el escalón en que su madre, forzada, lo había concebido. Además, parecía prodigiosamente desarrollado para su edad, no muy alto, trepado, formado enteramente á los doce años, lleno ya de vello como un animal precoz. Los ojos atrevidos, devoradores, y la boca sensual, eran de un hombre. Y, en aquel niño, de tez tan pura todavía, con ciertos tonos delicados de niña, aquella virilidad, que había florecido tan bruscamente, hacía daño y asustaba como una monstruosidad.

—¿Es que os da miedo la escuela, amiguito?—acabó por decir Carolina.—Y sin embargo, mejor estaríais allí que aquí.... ¿Dónde dormís?

Con un gesto él señaló el jergón.

—Allí, con ella.

Contrariada por aquella franca respuesta, la tía Eulalia movióse, buscando una explicación.

—Le había hecho una cama con un colchoncito, pero ha habido que venderlo.... Se duerme como se puede, cuando no se tiene nada.

La Mechain creyó que debía intervenir, aunque no ignorase nada de lo que pasaba.

—Eso no es de ningún modo conveniente, Eulalia.... Y tú, bribón, bien habrías podido venir á dormir á mi casa, en vez de dormir con ella.

Pero Víctor, irguiéndose sobre sus cortas y fuertes piernas, cuadrándose con su precocidad de macho, contestó:

—¿Y por qué, si es mi mujer?

Entonces la tía Eulalia tomó el partido de reír, tratando de ocultar la abominación, echando la cosa á broma. Pero en su acento notábase un dejo de tierna admiración.

—¡Oh! con seguridad que no le confiaría mi hija si la tuviera.... ¡Es todo un hombrecito!

Carolina se estremeció. Oprimíasele el corazón y experimentaba una repugnancia espantosa. ¿Cómo? ¡Aquel pilluelo de doce años, aquel pequeño monstruo, con aquella mujer de cuarenta, gastada y enferma, sobre aquel inmundo jergón, en medio de aquella basura y de aquella hediondez! ¡Ah, la miseria, cómo lo destruye y pudre todo!

Dejó veinte francos, escapó y volvió á refugiarse en la habitación de la casera para tomar un partido y entenderse definitivamente con ésta.

Ante tal abandono despertóse en ella un pensamiento, el de la Obra del Trabajo. ¿No había sido creada aquella institución precisamente para estas desdichas, para tratar de regenerar, por medio de la higiene y de un oficio, á los miserables hijos del arroyo? Había que arrancar á escape á Victor de aquel lodo innoble, y, llevándolo allá, hacerle una existencia nueva. Seguía toda estremeceida. Y al tomar aquella decisión, ocurriósele una delicadeza de mujer: no decir nada todavía á Saccard, esperar á haber descortezado un poco al monstruo antes de mostrárselo; porque ella experimentaba como un pudor, por él, de aquel horrible vástago, ella sufría al pensar en la vergüenza que él habría experimentado. Acaso bastarían algunos meses, y en seguida hablaría, dichosa con su buena acción.

La Mechain comprendía difícilmente.

—¡Dios mío! como gustéis, señora..... Pero yo quiero mis seis mil francos en seguida. Victor no saldrá de mi casa si no recibo mis seis mil francos.

Esta exigencia desesperó á Carolina. No tenía aquella cantidad y no quería pedirla al padre, naturalmente. Discutió y suplicó en vano.

—¡No, no! No teniendo mi prenda, lo perdería todo. Conozco estas cosas.

Viendo, en fin, que la suma era grande y que no conseguiría nada, hizo una rebaja.

—Pues bien, dadme dos mil francos al momento, y esperaré el resto.

Pero la dificultad para Carolina era la misma, y se preguntaba de dónde sacaría aquellos dos mil francos, cuando se le ocurrió de pronto la idea de dirigirse á Máximo. No quiso discutirla. Este consentiría en estar en el secreto y no rehusaría el anticipo de aquel poco dinero que con seguridad le reembolsaría su padre. Y allá se fué, diciendo que volvería por Victor al día siguiente.

No eran más que las cinco y sentía tal fiebre por acabar, que al subir á su fiacre dió al cochero las señas de Máximo, avenida de la Emperatriz. Cuando llegó, el ayuda de cámara le dijo que el señor estaba en el tocador, pero que de todos modos la anunciaría.

Hubo un instante en que creyó ahogarse en el salón donde esperaba. Era aquel un hotelito instalado con un exquisito refinamiento de lujo y de bienestar. Encontrábanse allí prodigados los cortinajes y los tapices; y en el tibio silencio de las piezas exhalábase un olor suave y ambarino. Aquello era lindo, tierno y discreto, aunque allí no hubiera ni asomos de mujer; porque el joven viudo, enriquecido por la muerte de la suya, había arreglado su vida para el culto único de sí mismo, cerrando su puerta, como mozo experimentado, á toda nueva participación. Aquella vida regalada que debía á una mujer, no quería que se la trastornase ninguna otra mujer. Hasta desilusionado del vicio, no seguía usándolo más que como un postre que le

estaba prohibido, á causa de su deplorable estómago. Había abandonado hacía tiempo su idea de entrar en el Consejo de Estado, y ni siquiera corría ya caballos, hastiado de estos como de las queridas. Vivía solo, ocioso, completamente feliz, comiéndose su fortuna con arte y precaución, con una ferocidad de hombre guapo depravado y entretenido, que se hace persona seria.

—Si la señora quiere seguirme—volvió diciendo el ayuda de cámara—el señor la recibirá inmediatamente en su cuarto.

Carolina tenía con Máximo relaciones familiares, desde que él la veía, instalada como fiel intendente, siempre que iba á comer á casa de su padre. Al entrar en la habitación encontró las cortinas corridas y seis bujías sobre la chimenea y sobre un velador, iluminando con una llama tranquila aquel nido de plumón y de seda, una alcoba excesivamente muelle de hermosa que se vende, con sus profundos sillones y su inmenso lecho de una blandura de plumas. Aquella era la pieza amada, donde había agotado las delicadezas, los muebles y los *bibelots* preciosos, maravillas del siglo último, confundidas, perdidas en el más delicioso desorden de telas que se pueda imaginar.

Por la puerta que daba al cuarto tocador, abierta de par en par, asomó diciendo:

—¿Qué pasa?... ¿Papá no habrá muerto?

Salía del baño, la piel fresca y embalsamada, con su linda cabeza de jovencueta, ya fatigada,

y sus ojos azules y claros, vestido con un elegante traje de franela blanca. Por la puerta se oía todavía el gotear de uno de los grifos de la pila, mientras que un fuerte perfume de flor se esparcía con la dulzura del agua templada.

—No, no se trata de cosa tan grande—respondió ella disgustada por el tono tranquilamente placentero de la pregunta.—Pero lo que tengo que deciros es, sin embargo, algo embarazoso.... Me dispensaréis por presentarme así en vuestra casa....

—Es verdad que como fuera, pero aún me queda tiempo para vestirme.... Veamos ¿qué sucede?

El esperaba y ella vacilaba ahora, balbuceaba, impresionada por aquel gran lujo, aquel refinamiento que sentía en derredor suyo. Acobardábase, no encontraba su valor para decirlo todo. ¿Era posible que la existencia, tan dura para el hijo de la casualidad, allá en la cloaca de la *Cité de Nápoles*, se hubiera mostrado tan pródiga para este, en medio de esta sabia riqueza? ¡De un lado tantas innobles suciedades, el hambre y la inevitable degradación, y del otro tanta cosa exquisita, la abundancia, la vida hermosa! El dinero ¿sería la educación, la salud, la inteligencia? Y, si el mismo cieno humano quedaba debajo ¿no consistía toda la civilización en aquella superioridad de oler bien y de vivir bien?

—¡Dios mío! Es toda una historia, y creo qu

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

10to. 1625 MONTERREY, MEXICO

hago bien contándoosla Por lo demás, me veo obligada á ello, os necesito.

Máximo la escuchó, primero en pié; después se sentó delante de ella, vacilantes las piernas por la sorpresa. Y, cuando Carolina calló, dijo:

—¡Cómo, cómo! ¿Conque no soy hijo único? ¿Conque me cae del cielo un horroroso hermanito, sin decir allá vá eso?

Creyendo haber alarmado su interés, hizo ella una alusión á la cuestión de herencia:

—¡Oh, la herencia de papá!

El tuvo un gesto de indiferencia irónica que ella no comprendió. ¿Cómo? ¿Qué quería decir? ¿No creía en las grandes cualidades, en la fortuna cierta de su padre?

—No, mi negocio está hecho, no tengo necesidad de nadie... Pero, verdaderamente, es tan gracioso lo que sucede, que no puedo dejar de reirme.

Reía, en efecto, pero disgustado, inquieto sordamente, no pensando más que en sí, no habiendo tenido todavía tiempo de examinar lo que la aventura podría traerle de bueno, ó de malo. Creyóse sólo, y dejó escapar una frase en que, brutalmente, puso toda su alma.

—¡En el fondo, yo me burlo de todo eso!

Habiéndose levantado, pasó al tocador, y volvió en seguida con una limilla de concha, con la que se frotaba dulcemente las uñas.

—¿Y qué es lo que vais á hacer con vuestro monstruo? No es posible meterlo en la Bastilla, como al Máscara de hierro.

Habló ella entonces de las cuentas de la Mechain, explicó su idea de hacer entrar á Víctor en la Obra del Trabajo, y le pidió los dos mil francos.

—No quiero que vuestro padre sepa nada todavía, y como no tengo á quién dirigirme sino vos, es preciso que hagais este anticipo.

Pero él se negó abiertamente.

—¡Á papá, nunca! ¡Ni un céntimo!.... Mirad, lo he jurado: había de necesitar papá cinco céntimos para pasar un puente, y no se los prestaría.... ¡Sabedlo! Hay tonterías demasiado tontas, no quiero ponerme en ridículo.

Carolina lo miró de nuevo, turbada por las ruindades que insinuaba. En aquel momento de pasión, no tenía ni deseo ni tiempo de hacerle hablar.

—¿Y á mí—dijo con voz brusca—me prestaríais esos dos mil francos?

—Á vos, á vos....

Y seguía limándose las uñas, con un movimiento gracioso y ligero, examinándola al mismo tiempo con sus ojos claros que ojeaban á las mujeres hasta el fondo del corazón.

—Á vos, sí, consiento..... vos me los haréis devolver.

Luego, después de haber ido á buscar los dos billetes en un mueblecito, y de habérselos entregado, le cogió las manos y las conservó un momento entre las suyas, con un aire de amigable alegría, como un yerno que quiere á su suegra, diciéndole:

—¡Os hacéis ilusiones sobre papá!... ¡Oh! no os defendáis, no me meto en vuestros asuntos... A las mujeres ¡cosa extraña! les divierte á veces el sacrificarse, y, naturalmente, hacen bien en tomar su placer donde lo encuentran.... No importa, si algún día sois mal recompensada, venid á verme y hablaremos.

Cuando Carolina se encontró en su fiacre, sofocada todavía por la templada atmósfera del hotelito y por el perfume de heliotropo que había penetrado sus vestidos, temblaba como al salir de un lugar sospechoso, asustada también por aquellas reticencias, aquellas bromas del hijo sobre el padre que agravaban su sospecha de un pasado que no se podía confesar. Pero no quería saber nada, tenía el dinero, y se tranquilizó combinando su jornada del día siguiente, con objeto de que á la tarde estuviese el niño salvado del vicio.

Desde por la mañana tuvo que ponerse en movimiento, porque había que llenar muchas formalidades para estar segura de que su protegido sería acogido en la Obra del Trabajo. Su posición de secretaria del Consejo de vigilancia, que la princesa de Orviedo, la fundadora, había formado con diez señoras del gran mundo, le facilitó por otra parte aquellas formalidades; y á la tarde no tuvo más que ir por Víctor á la *Cité de Nápoles*. Había llevado vestidos convenientes, y no iba sin alguna inquietud sobre la resistencia que opondría el muchacho, él, que no

quería oír hablar de la escuela. Pero la Mechain, á quien había avisado y que la esperaba, le dió así que llegó una noticia, que la había trastornado á ella misma: la noche antes, la tía Eulalia había muerto de repente, sin que el médico hubiera podido decir con seguridad de qué, acaso una congestión, algún estrago de la sangre podrida; y lo espantoso era que el pilluelo, acostado con ella, no había notado la muerte, en la oscuridad, sino al sentir la frialdad del cadáver. Y había terminado la noche al lado de la casera, atontado por aquel drama y tan lleno de miedo que se dejó vestir y pareció alegrarse á la idea de vivir en una casa que tenía un hermoso jardín. Nada le retenía allí, puesto que la gorda, como él decía, iba á pudrirse en el agujero.

La Mechain entretanto, y mientras extendía su recibo de los dos mil francos, ponía condiciones.

—Es cosa convenida ¿no es esto? que completaréis los seis mil en un solo pago, dentro de seis meses.... De otro modo me dirigiré al señor Saccard.

—El mismo señor Saccard—dijo Carolina— será quien os pagará.... Hoy yo lo reemplazo, sencillamente.

La despedida de Víctor y de la vieja prima no fué muy tierna, un beso en la frente y el niño corriendo á subir al carruaje, mientras que ella, reñida por Busch por haber consentido en no recibir más que un á cuenta, seguía rumiando

sordamente su disgusto al ver escapársele así su prenda.

—En fin, señora, sed formal conmigo, ó de otro modo yo os juro que sabré hacer que os arrepintáis.

Desde la *Cité de Nápoles* á la *Obra del Trabajo*, boulevard Bineau, Carolina no pudo sacar más que monosílabos á Víctor, cuyos ardientes ojos devoraban el camino, las anchas avenidas, los transeuntes y las casas ricas. No sabía escribir, apenas leer, habiendo siempre desertado de la escuela para vagabundear por las fortificaciones; y de su cara de niño, madurada demasiado deprisa, no salían más que los apetitos exasperados de su raza, un apresuramiento, una violencia por gozar, agravados por la miseria y los abominables ejemplos entre los cuales había crecido. En el boulevard Bineau, sus ojos de joven fiera brillaron más, cuando, al bajar del carruaje, atravesó el patio central, flanqueado á derecha é izquierda por los pabellones de los niños y de las niñas: ya había examinado de una ojeada los vastos patios, plantados de hermosos árboles, las cocinas revestidas de azulejos, cuyas ventanas abiertas exhalaban olores de viandas, los refectorios adornados con mármol, largos y altos como naves de capilla, todo aquel lujo regio que la princesa, empeñada en sus restituciones, quería dar á los pobres. Llegado luego al fondo, á la parte del edificio que ocupaban las oficinas, paseado de negociado en

negociado, para ser admitido con las formalidades de costumbre, oyó sonar sus zapatos nuevos á lo largo de los inmensos corredores, de las anchas escaleras, de aquellas dependencias inundadas de aire y de luz, decoradas como un palacio. Su nariz se estremecía, todo aquello iba á ser suyo.

Habiendo descendido Carolina al piso bajo para firmar un documento, y conduciéndolo por un nuevo corredor, lo llevó ante una puerta vidriera, desde la cual pudo ver un taller de muchachos de su edad, que en pie delante de los bancos, aprendían la escultura en madera.

—Ya veis, amiguito—le dijo—aquí se trabaja, porque es preciso trabajar, si se quiere estar sano y contento.... Por la noche hay clases, y yo espero que seréis formal y que estudiaréis mucho... Vais á decidir de vuestro porvenir, un porvenir tal como jamás lo habéis soñado.

Dibujóse en la frente de Víctor un pliegue sombrío. No contestó, y sus ojos de lobezno no echaron sobre todo aquel lujo prodigado, más que miradas oblicuas de bandido ansioso: tener todo aquello, pero sin hacer nada; conquistarlo, gozarlo, á fuerza de uñas y de dientes. Desde aquel momento no estuvo allí más que como un rebelde, como un prisionero que sueña con la evasión.

—Ahora ya está todo arreglado—dijo Carolina.—Vamos á subir á la sala de baños.

Era costumbre que todo nuevo pensionista, á

su entrada, tomase un baño; y las pilas estaban arriba, en cuartos inmediatos á la enfermería, la cual, compuesta de dos dormitorios uno para los niños y otro para las niñas, lindaba con la lencería. Las seis hermanas de la comunidad reinaban allí, en aquella soberbia lencería, toda de arce barnizado, con tres series de profundos armarios, y en aquella enfermería modelo, de una claridad, de una blancura inmaculada, alegre y limpia como la salud. Con frecuencia también las señoras del consejo de vigilancia venían á pasar allí una hora de la tarde, menos para intervenir que para dar á la Obra su ayuda caritativa.

Precisamente se encontraba allí la condesa de Beauvilliers con su hija Alicia, en la sala que separaba las dos enfermerías. A menudo la llevaba, para distraerla, proporcionándole el placer de la caridad. Aquel día, Alicia ayudaba á una de las hermanas á hacer tartinas de confitura para dos pequeñas convalecientes, á quienes se había permitido tomarlas.

—¡Ah!—dijo la condesa al ver á Víctor, á quien acababan de hacer sentar para esperar su baño—he aquí uno nuevo.

Habitualmente mostrábase ceremoniosa con Carolina, no saludándola más que con un movimiento de cabeza, sin dirigirla jamás la palabra, por temor de tener que anudar con ella relaciones de vecindad. Pero aquel muchacho que ella conducía, y la bondad con que lo trataba, la con-

movieron sin duda, haciéndola salir de su reserva. Y hablaron á media voz.

—¡Si supierais, señora, de qué infierno acabo de sacarlo! Lo recomiendo á vuestra benevolencia, como lo he recomendado á las hermanas y á los empleados.

—¿Tiene padres? ¿Los conocéis?

—No, su madre ha muerto..... No tiene á nadie más que á mí.

—¡Pobre criatura!.... ¡Ah, cuánta miseria!

Durante esta conversación, Víctor no quitaba los ojos de las tartinas. Sus miradas brillaban con un feroz deseo; y desde aquel dulce que el cuchillo extendía en las rebanadas de pan, sus ojos subían á las flacas manos de Alicia, á su cuello delgadísimo, á toda su persona de virgen enfermiza, que se marchitaba en la vana espera del matrimonio. ¡Si se hubiera encontrado sólo con ella, cómo, de un topetazo en el vientre, la habría enviado rodando contra la pared para cogerle sus tartinas! Pero la joven había notado sus miradas glotonas; y, después de consultar con la vista á la religiosa, le dijo:

—¿Tenéis hambre, amiguito?

—Sí.

—¿Os gusta el dulce?

—Sí.

—¿Entonces os gustará que os haga dos tartinas que os comeréis al salir del baño?

—Sí.

—¿Mucho dulce con mucho pan, verdad?

—Sí.

La joven reía, bromeaba, pero él permanecía grave y admirado, comiéndola á ella y á sus buenas cosas con sus ojos devoradores.

En aquel momento subieron del patio de los niños, donde comenzaba el recreo, gritos de alegría, un estrépito infernal. Vacíanse los talleres, los asilados tenían media hora para merendar y estirarse las piernas.

—Ya veis—le dijo Carolina llevándolo á una ventana—que si se trabaja también se juega..... ¿Os gusta trabajar?

—No.

—¿Pero os gusta jugar?

—Sí.

—Pues bien, si queréis jugar será menester que trabajéis..... Todo se arreglará, estoy segura de que seréis formal.

Victor no contestó. Le había subido al rostro una llamarada de alegría á la vista de sus camaradas en libertad, saltando y gritando; y sus miradas volviéronse á las tartinas que la joven terminaba y ponía en un plato. ¡Sí! Libertad y juego á toda hora; no quería otra cosa. Su baño estaba dispuesto y lo llevaron á él.

—He ahí un caballerito que dará mucha guerra—dijo dulcemente la religiosa.—Desconfío de esa cara.

—Sin embargo, no es feo—murmuró Alicia.

—Y al ver cómo os mira se creería que tiene dieciocho años.

—Sí—concluyó Carolina con un ligero estremecimiento—está muy adelantado para su edad.

Y antes de irse quisieron aquellas señoras darse el gusto de ver á las pequeñas convalecientes comer sus tartinas. Una sobre todo era muy interesante; una rubita de diez años, con ojos inteligentes y aire de mujer, la carne precoz y enferma de los arrabales de París. Su historia era la historia corriente: un padre borracho, que llevaba á su casa las queridas recogidas en el arroyo, y que acababa de desaparecer con una de ellas; una madre que se había enredado con otro hombre y luego con otro, y que había acabado por viciarse en la bebida; y la pequeña pegada por todos aquellos machos, cuando no habían tratado de violarla. Una mañana, la madre había tenido que arrancarla de los brazos de un albañil que ella había llevado la víspera. Permítase, sin embargo, á aquella madre miserable que fuese á ver á su hija, porque ella había sido quien suplicó que la sacasen de su poder, habiendo conservado en su abyección un ardiente amor maternal. Y precisamente en aquel momento se encontraba allí: una mujer enflaquecida y amarilla, ajada, con párpados quemados por las lágrimas, sentada al lado de un lecho blanco, donde su pequeña, muy limpia, con la espalda apoyada contra las almohadas, comía alegremente sus tartinas.

Reconoció á Carolina por haber ido á casa de Saccard á buscar socorros.

—¡Ah, señora, aquí está mi pobre Magdalena, salvada otra vez! La infeliz tiene en la sangre nuestros vicios, y el médico me había asegurado que no viviría, de seguir en nuestra casa sufriendo atropellos.... Mientras que aquí tiene carne y vino, y respira tranquila.... Os suplico, señora, que digáis á ese caballero que no dejo de bendecirlo ni un instante.

Sofocáronla los sollozos que la arrancaba el agradecimiento á Saccard, porque sólo á él conocía, como la mayor parte de los padres que tenían hijos en la Obra del Trabajo. La princesa de Orviedo no figuraba en nada, mientras que él se había prodigado durante mucho tiempo, poblando la Obra, recogiendo todas las miserias del arroyo para ver funcionar más pronto aquella máquina caritativa que era, hasta cierto punto, creación suya, apasionándose, por lo demás, como siempre y dando dinero de su bolsillo á las infelices familias cuyos hijos salvaba. Y aparecía como el único y verdadero Dios para todos aquellos miserables.

—Sí, señora, decidle que hay en el mundo una pobre mujer que ruega por él.... ¡Oh! no es que yo sea religiosa, no quiero mentir, jamás he sido hipócrita. No, las iglesias y nosotros no nos conocemos, porque no pensamos siquiera, pues no nos serviría de nada, en perder allí el tiempo.... Pero esto no quita para que haya de todos modos alguna cosa más alta que nosotros; y siempre consuena, cuando alguien ha sido

bueno, pedir para él las bendiciones del cielo.

Y brotaron sus lágrimas, corriendo por sus enflaquecidas mejillas.

—Escucha, Magdalena, escucha....

La niña, tan pálida en su blanca camisa, y que lamía el dulce de su tartina con su lengua golosa, reflejándose la dicha en sus ojos, atendió, sin abandonar su golosina.

—Todas las noches antes de dormirte en tu cama, juntarás las manos de este modo, y dirás: «Dios mío, recompensad al señor Saccard por sus bondades, y dadle larga vida....» ¿Lo oyes, me lo prometes?

—Sí, mamá.

Los días que siguieron, Carolina vivió en una gran perturbación moral. No tenía acerca de Saccard ideas claras. La historia del nacimiento y del abandono de Víctor, aquella triste Rosalía poseída sobre un peldaño de escalera, de modo tan violento que había quedado inutilizada, y los pagarés firmados y no pagados, y el desdichado niño sin padre, creciendo en el fango, todo aquel pasado lamentable trastornaba su corazón. Apartaba las imágenes de aquel pasado, del mismo modo que no había querido provocar las indiscreciones de Máximo: ciertamente había en este punto algo que la asustaba, algo que le daba miedo saber. Luego, aquella mujer llorosa, cruzando las manos de su hija y haciéndole rezar por el mismo hombre, mostrábale un Saccard adorado como el Dios de bondad, verdade-

ramente bueno, y que había realmente salvado almas, con aquella apasionada actividad de hombre de negocios que se elevaba hasta la virtud cuando la obra era buena. Y concluía por no querer juzgarlo, diciéndose, para tranquilizar su conciencia de mujer que ha leído y reflexionado mucho, que en él había, como en todos los hombres, malo y bueno.

Sin embargo, acababa de experimentar un sordo despertar de vergüenza, á la idea de que le había pertenecido. Esto seguía produciéndole asombro, y se tranquilizaba jurándose que era asunto concluido, que aquella sorpresa de un momento no podía repetirse. Y transcurrieron tres meses durante los cuales fué á ver á Víctor dos veces por semana; y una noche se encontró entre los brazos de Saccard, definitivamente suya, dejando establecerse relaciones regulares. ¿Qué le pasaba? ¿Era como las demás curiosas? Aquellos amores turbulentos de otro tiempo, removidos por ella, ¿le habían producido el deseo sensual de saber? ¿O más bien era el niño quien había sido el lazo, la aproximación fatal entre él, el padre, y ella, la madre de adopción? Sí, en aquello no debía haber más que una perversión sentimental. En su gran disgusto por no tener hijos, seguramente la había enternecido, hasta la ruina de su voluntad, el haberse ocupado del hijo de aquel hombre, en medio de circunstancias tan críticas. Cada vez que lo volvía á ver, se entregaba más; y en el fondo de su

abandono había una maternidad. Por lo demás, era mujer de un buen sentido muy claro, y aceptaba los hechos de la vida, sin fatigarse en tratar de explicarse las mil causas complejas. Para ella, en ese desvanecimiento del corazón y del cerebro, en ese análisis refinado de sutilezas, no había más que una distracción de mujeres mundanas desocupadas, de juglares intelectuales que buscan excusas á sus caídas, que disfrazan con su ciencia del alma los apetitos de la carne, tan comunes en las duquesas como en las maritornes. Ella, de vastísima erudición, que había consumido su tiempo, otras veces, en el ansia de conocer el mundo y en tomar partido en las disputas de los filósofos, había abandonado con gran desdén estas recreaciones psicológicas que tienden á reemplazar el piano y la tapicería, y de las cuales decía riendo que han perdido más mujeres que han corregido. Por eso, los días en que sentía ceder su voluntad, prefería tener el valor de aceptar el hecho después de haberlo comprobado; y contaba con el trabajo de la vida para reparar el mal, de la misma manera que la savia, circulando constantemente, cicatriza los cortes hechos en la encina, formándole madera y corteza nuevas. Si ahora pertenecía á Saccard, sin haberlo querido, sin estar segura de amarlo, ni aun de estimarlo, se levantaba de esta caída juzgándolo no indigno de ella, seducida por sus cualidades de hombre de acción, por su energía en la lucha, creyéndolo